

Un busto de Justo Sierra en la Sorbona

P O R C A R L O S S E R R A N O

Para hacer un comentario a la ceremonia que hace dos días se efectuó en la Sorbona de París, necesito servirme de las frases que al entregar el busto del maestro Justo Sierra al rector de la Universidad de París, señor Jean Sarrailh, pronunció el embajador de México en Francia, don Federico Jiménez O'Farrill.

"... Voy a entregar a usted, cumpliendo el honroso encargo que me ha hecho la Universidad Nacional de México, el busto de Justo Sierra, que nos ha acompañado en esta ceremonia. El señor rector Luis Garrido me pidió especialmente expresar a usted que nuestra Universidad no encontró mejor símbolo para hacer patente el respetuoso aprecio, la admiración sincera y un cordial testimonio de sus excelentes relaciones con la Universidad de París y las Universidades de Francia, que ofrecer a la Sorbona el busto de un ilustre mexicano, maestro e historiador eminente, renovador y creador de nuestra Universidad actual. Cuando Justo Sierra imprimió a una Universidad para la cual el tiempo no corría, emparedada intelectualmente, las nuevas direcciones imaginadas por su gran espíritu, afirmaba: «Los fundadores de la Universidad de antaño decían: *La verdad está definida, enseñada*; nosotros decimos a los universitarios de hoy: *La verdad se va definiendo, buscando*».

"La imagen de la verdad que nos da el apóstol del hombre, que fué Justo Sierra, no es la terrible e inhumana verdad, paralizada para siempre, anquilosada en su propia definición, sino que, por lo contrario, la verdad se presenta como el desenlace de una lucha, como un premio al sacrificio, en suma: la verdad viva cuyas puertas están abiertas para aquellos que anhelan descubrir su corazón. En ese aspecto esencial de la conducta y de la inteligencia de Justo Sierra creció y se robusteció la admiración que tuvo por el espíritu de Francia. Su presencia, pues, en la Universidad de París, es también el pago de una deuda hacia el gran maestro de la juventud mexicana, ya que la serena amistad que el gran maestro tuvo por nuestro país, señor rector, fué algo así como una forma directa de acercarse a la Humanidad.

"Para terminar, diré al señor rector Sarrailh que, cuando Justo

Sierra recreó nuestra Universidad Nacional, el año 1910, la Universidad de París estuvo presente en aquella solemne ocasión. Ahora, Justo Sierra paga esa visita, quedando en vuestras aulas como un testimonio inquebrantable de nuestra amistad."

Bellas y elocuentes palabras. Al oír las me parecía estar viendo de cerca al maestro y lo descubría en el preciso instante en que minutos antes de que se iniciara la ceremonia en que pronunció su famoso discurso, le tendía yo las cartillas en que estaba escrito.

La ceremonia fué para mí una fiesta de la inteligencia. La sombra de Justo Sierra debe sonreír placidamente, con aquella su sonrisa de hombre bueno que tenía, al contemplar, desde el mundo de silencio en donde mora, esta ceremonia en la que se honra su memoria y se reconoce su obra educativa. Podríamos decir que ha entrado en la historia de la educación francesa, pues no puedo olvidar que alguna vez afirmaba, glosando con esto a un escritor francés que admiraba, que la historia era para él la única ciencia de las cosas que se movían; y de este modo, ante sus ojos, todas las cosas se mueven y se transforman.

Su espíritu ha entrado en un recinto animado de cultura, de ciencia, de letras y de arte, en la siempre ilustre Sorbona y, al entrar, contempla el monumento de Montaigne, que se encuentra frente a

la fachada de esa prestigiosa Universidad. Entra al *Quartier Latin* que tanto amó...

Y al ver que se acepta la entrada del espíritu de Justo Sierra, simbolizado en el busto que ofrece la Universidad de México a la de París, nos hace ver y sentir que en una sociedad verdaderamente justa, no existe más separación entre los hombres de cultura; todas las almas se tienen enlazadas las unas de las otras; las más altas están ligadas a las más sencillas; la diferencia del talento está compensada por la comunidad de las virtudes y en el instante de ser descubierto el busto del maestro Sierra, comprendimos que la fraternidad existe, más que nunca, entre México y Francia.

Atinada estuvo la donación que la Universidad de México hizo a la de París. En ningún otro lugar que en la Sorbona puede estar mejor colocado el busto de Justo Sierra.

En México, las manos piadosas de los discípulos recogieron del maestro los pensamientos del filósofo y las estrofas del poeta, las orientaciones del historiador y las palabras del orador y todo lo difundieron con amor y entusiasmo. Justo Sierra formó el espíritu de dos generaciones.

Uno de los empeños más intensos de los hombres de ahora en México, es hacer grande a nuestro país por medio de la educación. Esta fué la preocupación constante del maestro. Su obra tenía el sello del

más puro sentimiento mexicano. Y tenía que ser así, supuesto que podía ser espíritu hecho de claridad y de orden, de equilibrio y de lógica; poseía la virtud de la armonía que a los pueblos latinos entregaron los griegos. Amó la belleza y la verdad. Su pensamiento abarcó todas las civilizaciones.

Los obra de Justo Sierra no envejecen, es ahora más joven que nunca; pues en lo que se refiere a la Revolución Mexicana, fué un precursor. Sus páginas de historia política lo afirman. De su pluma salieron capítulos animados de razón y de exactitud impecables, en los que sostenía la inevitable evolución social y democrática de México. Por eso, al referirse al régimen de aquel entonces, escribió estas bellas palabras: "Todo lo tuvieron los atenienses bajo Pístrato: paz, prosperidad, mejoras materiales, todo, menos lo que da a todo eso un premio para el alma: la libertad."

La Universidad de París, al aceptar que bajo su techo sea colocado el busto del pensador mexicano, honra con esto a todos los mexicanos que de generación en generación mantienen vivo el prestigio de la educación, de la historia, del arte y de la poesía. Todo lo que concibió de bello y de noble permanece en pie y nada se ha perdido. Como decía Anatole France: "Lentamente, pero siempre, la Humanidad realiza el sueño de los sabios."

El maestro de América estaba dotado de un admirable sentido político. Por eso, en su discurso en la inauguración de la Universidad Nacional, a cuya ceremonia asistió un representante de la Sorbona, el señor Martineche, exclamó: "Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore a una Atenas sin ojos para la Humanidad y sin corazón para el pueblo, dentro de sus contornos de mármol blanco; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas en teorías incesantes para adorar a Atenas *promakos*, a la ciencia que defiende a la patria."

Al entrar Justo Sierra en la Sorbona, nos sentimos llenos de un orgullo profundo y vivo. Este busto es simbólico. Mucho de nuestro México y también de la América Latina llega con él. Vemos que en Francia existe ya un culto por los hombres sabios de nuestra raza y al fin se hace sentir lo que palpita en esos países jóvenes, cuya más grande aspiración y empeño es la de ser grandes en la ciencia y la cultura.

Ilustre maestro: obtuviste lo que alguna vez expresaste a tus amigos y discípulos: que tu espíritu viviera cabe los cielos de Francia...

París, diciembre de 1951.

P I D A U S T E D

el importante catálogo de las ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México a la

LIBRERIA UNIVERSITARIA

Justo Sierra número 16

México, D. F.

Sin duda hallará uno o muchos libros que despierten su interés